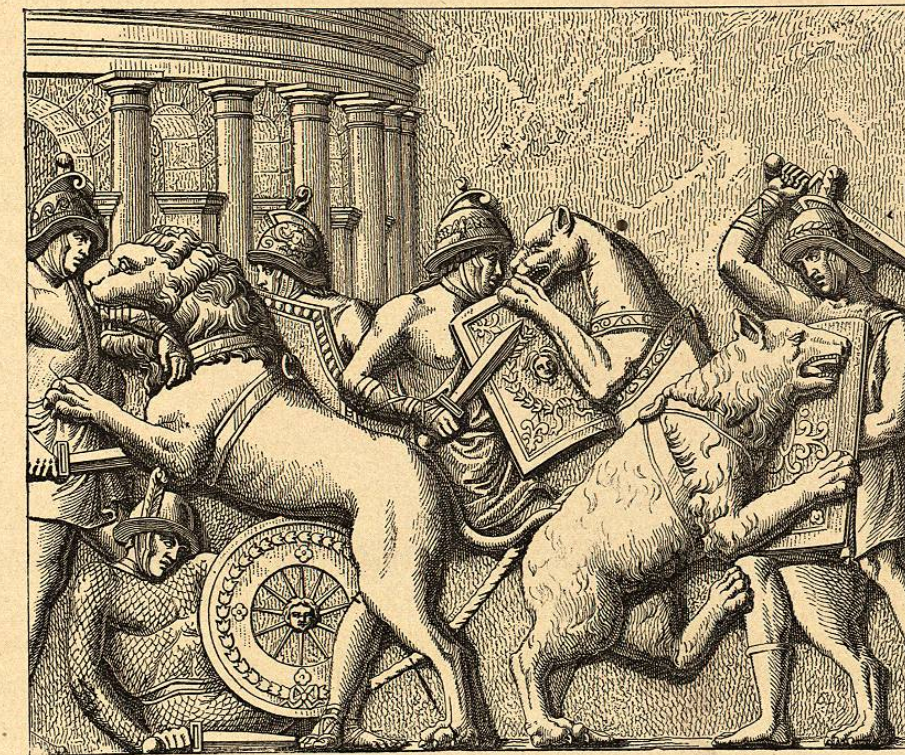


sacerdotes y las vestales consagran sacrificios á los dioses protectores de Roma. La sangre corre, las entrañas de las víctimas se consumen y se disipan prontamente en el fuego sagrado, suenan los coros y la música, vocifera nuevamente la muchedumbre, á una seña imperiosa aparecen los gladiadores, que saludan á todos con la sonrisa en los labios, como si los aguardára festín saporisimo en vez de la implacable muerte.

Divídense estos infelices en varias categorías. Los

*esedarios* guían carros pintados de verde. Los *mirmillones* se ocultan tras redondos escudos de hierro, por uno de cuyos lados muestran afiladísimos cuchillos. Los *requirarios* tiran al aire y recogen con grande habilidad sus tridentés. El traje de éstos es vistosisimo túnica roja, borceguíes celestes, casco dorado que remata un luciente pez. Los *ecuestres* recorren con gran agilidad en sus caballos el circo. La luz se refleja en los petos de acero y en los collares y en los brazaletes. Sus túni-



Roma.—Gladiadores luchando con fieras

cas son multicolores y recuerdan los trajes orientales. Los *bestiarios* vienen los últimos, todos escogidos entre los más hermosos, todos desnudos, todos imitando en sus actitudes artísticas posiciones de clásicas estatuas, todos saludados con mayor frenesí por el pueblo, porque son los más fuertes y los más expuestos y los más valientes.

Han nacido en las montañas, en los desiertos, entre las caricias de la naturaleza, respirando el aire puro de los campos y la sagrada libertad. La guerra, y solamente la guerra, ha podido arrancarlos á su patria. Ya en Roma, los han cebado para que tuvieran sangre, sí, sangre que ofrecer en holocausto á la majestad del pueblo romano. Allá en la ergástula, quizá muchos de los que ahora van á herirse ó matarse entre sí, han contraído estrechísimas amistades. Quizá muchos son hermanos por la naturaleza, hermanos por el senti-

miento, y habrán de herirse, habrán de inmolarse, cuando, unidos en los mismos afectos, podrían hundir las espadas en las entrañas del César, y vengar á su gente y á su raza.

Pero ya se acechan, ya se buscan, ya se amenazan, ya se enredan y se empeñan bárbaramente en cruentísima pelea. Si alguno, movido de miedo por sí, ó de compasión por su contrario, retrocede, el maestro del circo le clava un botón de hierro candente en las desnudas carnes. La roja sangre cae y humea por todas partes. Uno se ha resbalado en ella. El pueblo grita creyéndole muerto, y le silba cuando se levanta vivo. Éste se desmaya después de esfuerzos gigantescos para sostenerse de pie. Aquél se desploma al dolor de una sola herida sobre su escudo. El otro se retuerce en dolores infinitos y tiene el estertor de una agonía epiléptica. Dos se han herido mortalmente entre sí; pero al

caer, soltando sus espadas, se han abrazado para sostenerse y auxiliarse en la muerte. Miembros mutilados, tripas rotas, sollozos de agonía, estertores de moribundos, rostros contraídos de muertos, últimos suspiros mezclados con quejidos, gritos de rabia y desesperación; todo esto es grandioso espectáculo para el pueblo romano, que grita, palmea, se embriaga, se enfurece, sigue con nerviosa atención el combate, saltándole los ojos de las órbitas como para ver más la matanza, abriendo las narices y el pecho como para recoger los vapores de la sangre.

La cólera, sí, la cólera flotaba como única pasión sobre toda aquella carnicería. La escultura antigua, generalmente de una severidad tan olímpica, nos ha dejado la imagen viva de esta cólera en la escultura del gladiador combatiendo. Dilátanse sus ojos, sobre los cuales como que extienden tempestuosa nube las fruncidas cejas. Sus miembros robustísimos adquieren una infinita tensión. La cabeza se avanza hacia adelante inclinada sobre el pecho, á fin de parar los golpes. Su cuerpo está en actitud de lanzarse á la pelea sostenido sólo por el pie derecho. El brazo izquierdo amenaza, en tanto que el puño derecho, fuertemente contraído, se apercibe á dar un golpe mortal. Aquella estatua es la imagen viva del odio. Y el odio continuo ha engendrado en torno de Roma espesísima nube de cólera, de maldiciones que tuvieron su satisfacción terrible en la noche apocalíptica de las venganzas eternas, en la noche de las victorias de Alarico, y de las orgias de los bárbaros, los hijos de los esclavos y de los gladiadores.

¿Quién, quién puede extrañar los castigos de Roma? Toda su fuerza, toda su majestad, toda su grandeza han sido destruídas por una idea. Allá en las catacumbas se ocultan oscuros sectarios que quieren oponer al sensualismo antiguo el espíritu, á la religión pagana y al Imperio dogmas que Roma no podía admitir sin perecer. Esos sectarios huyen de la luz del día y se encierran temerosos en las catacumbas. Allí pintan el Buen Pastor que les guía á la eternidad, la paloma que les anuncia el término del gran diluvio de lágrimas en que se ahoga nuestra vida. Allí entonan himnos á un tribuno oscuro, pobre, débil, que no ha sabido matar como los conquistadores, sino morir humildemente en ignominiosa cruz. De allí han salido estos confesores de la nueva fe, para sellarla con su sangre sobre las arenas de este mismo circo. El anciano, el joven, la tierna doncella han oído sin estremecerse el aullar del tigre asiático, el rugir del león africano. Las fieras, hambrientas, han salido de las grandes jaulas que todavía

en cimientos del circo se ven, y han clavado sus garras y sus dientes sobre los cuerpos indefensos de los mártires. Mientras se repartían las panteras, las hienas, los tigres, los leones, sus restos palpitantes; mientras bebían con furor insaciable la sangre; los romanos aclamaban al César, creyendo que con aquellos miembros devoraban las fieras una superstición y con aquella sangre se bebían las fieras una idea. Y los Césares han muerto, y los pretorianos se han dispersado, y las piedras del Coliseo han caído, y una nueva idea ha reemplazado á las antiguas ideas, que, trocada de perseguida en perseguidora, ha intentado á su vez destruir nuevas sectas, ahogar nuevas creencias, no pudiendo llegar con sus excomuniones, ni con su inquisición, ni con sus tormentos, al disco inmortal del espíritu humano, que brilla eternamente entre las ruinas y entre los dioses, entre los pueblos que mueren y los pueblos que empiezan, entre las creencias y los dogmas, como el Sol perenne entre los coros de los mundos. (1)

## VI

Ofrecen tan subido interés las extrañas costumbres venatorias romanas que hallaron su principal teatro en los circos, que no vacilamos en añadir nuevos detalles bebidos en las purísimas fuentes de los autores clásicos.

Existían en Roma nueve circos, llamados: *Grande, Agonal, Militar, Vaticano, Flora, Flamínio, de Salustio, de Nerón y de Caracalla*; al paso que sólo se contaban tres anfiteatros principales. Los circos estaban modelados sobre un mismo plano, igual al del circo Máximo: consistían en un óvalo prolongado, formando en su extremo un semicírculo, y en su base terminaban en una línea curva. Por el lado de la fachada había tres pabellones, llamados *menarios*; uno en la parte céntrica, y los otros dos en los ángulos. Tenían tres puertas bastante espaciosa para dar entrada á la multitud. Servían de palcos á los magistrados, y de principal ornato del circo, merced á su elegante arquitectura y las brillantes cuadrigas que coronaban la plataforma. Á cada lado del pabellón central abríanse seis *carceres* ó cuadras abovedadas, cerradas con barreras de madera. Permanecían encerrados los conductores de carros y sus caballos hasta que el magistrado que presidía á los juegos daba la orden de soltar la cadena ten-

(1) *El Coliseo*, por E. Castelar.

didada de uno á otro lado y sujeta á unos *hermes* ó bustos de mármol, colocados delante de las pilastras de las cárceles (1).

Á fin de evitar desgracias cuando se daba caza á las fieras, había una excavación entre la primera línea de las graderías y la arena, en canal de 10 pies, tan profundo como ancho (bautizado con el nombre de *euripe*). Y, para sosiego de los espectadores de la primera fila temerosos de las caricias de los elefantes de César, existía una fuerte barrera, ricamente labrada, que separaba el *euripe* de las graderías inferiores (2). La arena hallábase dividida en toda su longitud por una pared de piedra ó ladrillo con incrustaciones de mármol y pórfido, llamada *espina*. En el centro de esta pared ó espinazo, de 4 pies de alto, levantábase un obelisco en honor del Sol, protector de las carreras; el límite ó *meta* formábanlo tres columnas cilíndricas reunidas, y coronadas con unos huevos de mármol. Destacábase la estatua de Cibeles, sentada sobre un león; la de la Victoria, puesta de pie y con el corazón en la mano; la de Roma, armada con lanza; los altares de los principales dioses, y dos mesas de mármol, sostenidas por cuatro columnas de orden corintio, en las que figuraban siete delfines, y siete huevos

de mármol blanco en memoria de Neptuno y de los dos hijos del Cisne y de Leda (3).

En la esquina del círculo Máximo, adornada con mayor magnificencia que las de los demás, había la estatua de la Fortuna, el Genio del pueblo romano, el Neptuno ecuestre, el templo del Sol, un pequeño obelisco dedicado á la Luna, las capillas de las deidades protectoras de las siembras y cosechas, y de la diosa

(1) Ludovico Bianconi, *Descrizione dei circhi*—Nebhy, *Roma antica*, pág. 635.

(2) Añadió, á más, César el *euripe*, especie de canal que daba vuelta por el interior del circo, y servía para contener cocodrilos y animales acuáticos, y para impedir que las fieras se echasen sobre el pueblo, sentado en las gradas (Luis Canina, *Arquit. rom.* tomo I, pág. 196).

(3) El espinazo del circo de la Vía Appia, ó de Rómulo, tiene mil pies de largo: se halla entrecortado por unos estanques. Desde las caballerías al espinazo media una distancia de 500 pies. Al otro extremo sólo 30 pies separan el espinazo del fondo del circo, lo que formaba una vuelta proporcionalmente estrecha.

tutelar; una trípode en que humeaba el incienso; los vasos sagrados y los altares de los lares, de los dioses valientes, de los dioses poderosos, de Roma y de la Fortuna. Los anfiteatros, cuyo nombre y diseño imitaron los romanos de los griegos, se diferenciaban de los circos en su figura, que era del todo circular, y de los teatros en que las graderías eran corridas alrededor del círculo. La profunda cavidad abierta en las concavidades y debajo de las gradas fué causa de que las llamasen *cavea*. Los anfiteatros se apellidaron *arenas*, aludiendo á las velas ó toldos que guardaba á los espectadores del ardoroso sol de verano. En tiempo de Augusto, Statilio Tauro edificó el primero que se vió en Roma con pórticos y graderías de piedra, y Vespasiano el más hermoso que nunca salió de manos de los hombres. Los espectáculos que celebraba la anti-

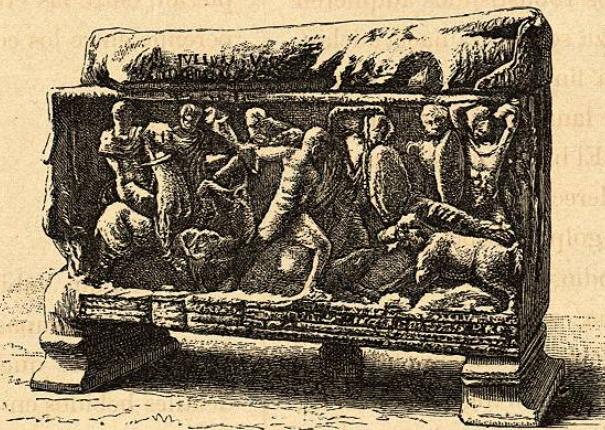
gua Roma era de tres clases: juegos del circo, juegos escénicos, y de los gladiadores.

Espaciosos, magníficos eran algunos circos, donde podían colocarse, sin confusión, doscientos cincuenta y hasta trescientos ochenta mil espectadores (4). El sordo murmullo que salía de los pórticos, el rumor de las voces, risas y exclamaciones de la multitud, uníanse á los gritos de los esclavos, que recorrían de grada en grada, ofrecien-

do, con las entonaciones más características y extrañas, agua fresca, ó bien unos pequeños colchones, repletos con hojas de guisantes, yerbas ó cañas verdes (4). De repente reinaba profundo silencio; era que se presentaban los héroes del circo, vestidos con brillantes túnicas de púrpura, agitando los caduceos, que eran las insignias de su empleo, extendiendo la mano hacia los pabellones de la fachada, y, con preferencia, hacia el de la izquierda, donde se hallaba el *podium*, ocupado por el emperador y pontífice máximo. Todos los ojos se dirigían ávidamente hacia ese lado para no perder el más mínimo detalle del espectáculo. Desfilaba, por último, la espléndida procesión pagana, que venía con gran solemnidad de la ciudad para con-

(3) Plinio, lib. XXXVI, cap. XV.

(4) Horacio, *ad Pirone*.—Plauto: *In Penule Aut, qui cortinam ludis per circum ferunt tormentuna circensium cita ex graphalio alusue herbis vel concisis arundinibus facta que substernebatur multitudini* (1 *Fabrics, Descriptio Urbis*).



Sarcófago romano.—Una cacería de jabali